

## **Para reverenciar a un hombre bueno. En memoria del profesor Horst Sing**

Cierta vez dijo el poeta Eliseo Diego que “un hombre bueno es un espectáculo tremendo”. Muchas veces me detuve a pensar sobre tal idea como si fuera una consideración estrictamente poética, metafórica y nada más; pero ya menos joven, cuando la vida me ofreció oportunidad de asistir a esos, tan raros, espectáculos, me percaté de la grandeza y suerte de encontrarme a ese linaje de personas que conmocionan y dejan huella para siempre, de los que hablara el poeta. Entre ellos, me preció la fortuna conocer el talante generoso del profesor Horst Sing.



**Durante el Primer Encuentro Cubano-Alemán, de visita al Seminario San Carlos y San Ambrosio. Primero a la derecha, hablando con Ivette Fuentes, el profesor Horst Sing.**

Le conocí en la lejana fecha de 1997, cuando por iniciativa del profesor Raúl Fornet-Betancourt, propiciador inagotable de “puentes cordiales”, se creaban los cimientos de los futuros Encuentros Cubano-Alemán, representados por las Diócesis de La Habana y Eischtäet. La pequeña delegación que asistió a esas reuniones primarias se desplazaba desde Aachen hasta Eischtäet, y por algún que otro tropiezo en los largos itinerarios de trenes, llegamos a altas horas de la noche. Los visitantes cubanos estábamos apenados por la tardanza, y ya creíamos que nadie nos esperaría casi en la madrugada, pero Raúl Fornet, sin dejar espacio a la duda, nos dijo: el profesor Horst Sing allá estará para recibirnos. Y así fue mi primer encuentro con una persona donde ajena a la altanería ni la presunción, que estaría en plena correspondencia con su altura académica, pero nunca con esa dimensión humana plena de sencillez y humildad. Nos dio la bienvenida una gran persona que no escatimó esfuerzos para vivir la misma tardanza y darnos, para él,

un merecidísimo saludo de bienvenida. Luego de algunos días de sesiones científicas y reuniones protocolares, nos abrió las puertas de su casa (lo que no es costumbre tan europea) para brindarnos, él y su esposa Elizabeth, lo mejor de su hogar: el calor humano.



**En la foto, durante el VI Encuentro cubano-alemán celebrado en La Habana, el profesor Horst Sing recibiendo un Diploma de manos del P. Marciano García ocd, asesor del Centro de Estudios. En la mesa aparecen el profesor Bernard Mayer y el Cardenal Jaime Ortega Alamino.**

Ya en 1999 se celebró el Primer Encuentro en La Habana, presidido por el Prof. Horst Sing y por el Arzobispo de La Habana, el Cardenal Jaime Ortega Alamino en aquel entonces. Todo transcurrió de la mejor manera y fue allí donde se oficializaron los Encuentros que durarían más de una década, coordinados por el entonces Centro de Estudios de la Arquidiócesis, hoy Cátedra de Estudios Culturales Vivarium, y luego, bajo la coordinación de otras instancias eclesiales, algunos años más. No es esta la ocasión que escojo para hablar de la importancia que tales Encuentros tuvieron para el desarrollo de proyectos diocesanos que dinamizaron las acciones culturales, científicas y académicas, para grandeza no solo de los lazos entre ambas naciones y diócesis, sino para la ganancia en prestigio de tales esferas en nuestra sociedad, asunto pendiente por constituir un hito en la historia contemporánea de nuestra Iglesia local, sino que es mi intención más particular hablar sobre el papel desempeñado por el profesor Horst Sing

en tales propósitos. No olvido aquel grupo de prestigiosos profesores alemanes en medio de las tardes habaneras sofocantes de calor, impecablemente vestidos con sus trajes, sin que se empañara en lo más mínimo su profesionalidad. No olvido la alegría, casi infantil, del profesor Sing cuando al ver resultados palpables, acogidas a un proyecto casi en ciernes, hacía llegar las noticias felices a Raúl Fonet quien no pudo acudir a esa primera cita por complicaciones con su visado, dada su condición de cubano radicado en Alemania. De esa primera visita recuerdo, a más del significado cultural entre el ISIS, institución señera de la Diócesis alemana y de la Universidad Católica de la ciudad, que presidía entonces Horst Sing, la amistad que fue naciendo más allá de toda barrera, idiomática, cultural, profesional, donde nunca existieron distancias. Recuerdo, como si fuera hoy, la visita al Castillo del Morro, donde tuvimos que hacer un alto y descansar por ese perenne y castigador sol al que no se habían acostumbrado nuestros amigos alemanes. Pero nunca hubo una queja en los labios del profesor Sing, sino tan solo una sonrisa cordial, complaciente de nuestro buen regalo, el clima benevolente que por la falta de costumbre, les atizaba. Le preguntamos si nos marchábamos, pero él, incapaz de faltar a un programa ya planificado, continuó al frente dando su ejemplo.



**Foto de Grupo del I Encuentro Cubano-alemán, celebrado en La Habana en 1999.  
En la foto, tercero a la izquierda con chaqueta negra, al lado del señor Cardenal Jaime Ortega, el profesor Horst Sing**

No olvido su gesto de grandeza, más allá de lazos oficiales, cuando en uno de los últimos eventos celebrados en La Habana en ocasión del décimo aniversario de los Encuentros, cuando ya el Grupo Vivarium no los coordinaba, el profesor Horst Sing preguntó por nosotros, reclamando nuestra asistencia. Su ética personal y profesional

iba más allá de desafueros circunstanciales, sostenida su impronta en acciones de virtud y cortesía ejemplares.

Cuando hace poco supe a través de Raúl Fonet-Betancourt la triste noticia, aunque esperada por su estado precario de salud, mucho lo lamentamos. No ha habido persona que le haya conocido que no se entristeciera pues aunque pocas sus visitas a Cuba, fueron las precisas para dejar su honda huella entre nosotros.

Esperemos que el legado por el que tanto ofreció a nuestra Arquidiócesis se mantenga y abra cauces. Damos gracias a Dios por haberlo tenido como amigo, por haber contemplado, en su persona bondadosa, el espectáculo tremendo del que hablara un poeta.

Ivette Fuentes